

Olvidos sociales y retos previsibles en México: la investigación sociológica de la vejez

Verónica Montes de Oca*

*...el compromiso de lo que denominamos
aproximación científica crítica se define como
aquella participación comprometida con la
acción, los procesos, las realizaciones*
(Izquierdo, 1988)

INTRODUCCIÓN

El 1° de octubre de 1998 se inició el Año Internacional de los Adultos Mayores; la Organización de las Naciones Unidas propuso como lema “*Por una sociedad para todas las edades*”, frase que busca exhortar a los gobiernos locales y nacionales al reconocimiento de la población adulta mayor, que cada vez se incrementa en la humanidad. Desde mi perspectiva, ese lema invita a pensar, desde las ciencias sociales, a una sociedad inclusiva y para todas las edades, o dicho en otras palabras, sugiere incorporar la categoría edad como fuente explicativa de la desigualdad social. Plantea considerar a la edad no sólo desde la noción cronológica sino como lo que se ha denominado edad social.



IZTAPALAPA 47
extraordinario de 1999
pp. 299-326

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Esta propuesta ha permitido tener una aproximación menos limitada de la situación de las personas mayores de hoy y del mañana. La inquietud acerca de cómo puede insertarse la categoría edad en la discusión sociológica se discute a continuación, a partir de la literatura revisada y de la información disponible sobre México.

En un primer apartado me referiré a la responsabilidad de las ciencias sociales y en especial de los sociólogos de incorporar a la reflexión científica el fenómeno del envejecimiento y sus consecuentes transformaciones sociales, políticas y culturales. Esta es una discusión que está presente y necesita ser difundida, criticada y enriquecida. Para ello es necesario revisar ¿cuál es el consenso y ámbito de acción de categorías como clase social y género? Esta revisión es importante porque a partir de ella es posible notar la ausencia de la categoría edad, de ahí que se pretenda responder por qué surge la necesidad de complementar con la categoría *edad*. En un segundo momento presentaré algunos avances del análisis sociológico sobre la situación de las mujeres y hombres con 60 años y más residentes en el Distrito Federal. Esta sección busca dar una interpretación novedosa a la información, así como configurar interrogantes que considero relevantes para el desarrollo de este campo de la sociología. Adicionalmente incorporo algunas reflexiones relacionadas con el envejecimiento sobre el tipo de estudios que parecen fundamentales para la sociología y la demografía.

LA DISCUSIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES CON ESPECIAL ÉNFASIS EN LA SOCIOLOGÍA¹

Si bien en los últimos años la investigación sociodemográfica sobre la vejez ha adquirido fuerza, lo cierto es que ha estado influida por el discurso dominante de la demografía, que tiende a alertar a los planeadores de políticas públicas sobre el problema social que representa el envejecimiento, en la medida en que éste incide en los escasos recursos existentes² (Chesnais, 1990; Richter, 1992; Marshall y Gibson, 1993; Banco Mundial, 1994. Para el caso de México véase: Partida, 1991; Ham, 1993; Montes de Oca, 1994). Este discurso ha estado a merced de un espíritu fatalista que promueve y construye socialmente —sin desecharlo— una percepción negativa hacia la población anciana. Incluso, puede promover y justificar conflictos intergeneracionales como los que ya están sucediendo en países desarrollados.

Para equilibrar el enfoque dominante he decidido desarrollar una reflexión desde varias perspectivas que se han ido fortaleciendo con la literatura sociológica reciente y que pretenden un enfoque más humano y consciente de la heterogeneidad de los aspectos y características que representa la vejez en nuestra sociedad.

Últimamente, en las ciencias sociales se ha desatado una discusión sobre la incorporación de la reflexión sobre las personas ancianas a la sociología contemporánea. La pregunta de fondo es, parafraseando a Izquierdo (1988), ¿son

los ancianos pensados por la sociología? Y, precisando aún más, ¿son las mujeres ancianas pensadas por la sociología?

Se dice que el predominio de valores dominantes (como la producción y la reproducción) en los estudios sociológicos ha hecho a un lado el análisis sobre la población envejecida, que ya no se considera “productiva”, y en especial sobre las mujeres que están en una etapa de sus vidas que no es la reproductiva (Ariño, 1996). De hecho la idea de sociedad moderna se basa en la industria. La preocupación sociológica sobre *el trabajo*, mostrada a través de investigaciones sobre los niveles de participación, masculina o femenina, el papel de la capacitación, la productividad, la educación de la fuerza laboral, entre otros, presta especial atención a la idea de trabajo como insumo principal de transformación en el capitalismo (Durkheim, Marx, Weber, entre otros) (Kohli *et al.*, 1982). Martín Kohli (1988) de la Universidad Libre de Berlín argumentaba que

El trabajo no sólo provee las bases económicas de la sociedad, por ende de los conflictos políticos, también es el foco de sus valores básicos y visión del mundo. El trabajo es una realidad no sólo de la economía y de la política, sino también de la cultura y de la visión del mundo. Su impacto no sólo asegura la sobrevivencia material o la organización política, en definitiva garantiza la unidad cultural de las sociedades occidentales modernas así como la identidad de sus miembros (traducción de la autora).

Haciendo eco de lo señalado por Kohli, podría decirse que la principal preocupación por los niños y adolescentes, en materia de reflexión sociológica y política social, radica en que se considera y espera que potencialmente sean fuerza de trabajo. De ahí se desprende su valor social. No sucede lo mismo al pensar en las personas de edad. De hecho esa lógica de pensamiento utilitaria justifica que organismos internacionales sugieran no invertir en las personas ancianas (Banco Mundial, 1994).

Partiendo de estos postulados, según Kohli y sus colaboradores, es necesario tomar en consideración las características estructurales básicas del proceso económico para evidenciar cómo éstas forman carreras laborales y arriesgan a los elementos viejos, que también deben ser analizados en un plano micro-social (Kohli *et al.*, 1982).

La revisión de los argumentos sobre la teoría sociológica clásica y la ausencia de investigación sobre las personas mayores, responde a las preguntas planteadas. La sociología parece no estar preparada en su cuerpo teórico para incluir a las personas envejecidas y mucho menos a las mujeres ancianas. De ahí que algunas académicas sugieran el carácter sexista y, hasta cierto punto, “gerontofóbica” de la sociología actual, sobre todo por la falta de estudios sobre vejez desde la perspectiva laboral o de la familia, e incluso desde la sociología feminista. Los pocos trabajos sobre vejez rechazan el uso de categorías como clase social, raza/etnia y, sobre todo,

género. De hecho, esta última categoría se ha desarrollado con cierta confusión, ya que enfatiza el papel femenino en detrimento del masculino, lo que no denuncia las desigualdades sociales que experimenta el conjunto de esta población. El estereotipo ideal con el que suele compararse y analizarse la situación de las personas ancianas es el hombre blanco, joven y de clase media. Modelo bajo el que se subordinan los grupos étnicos, las mujeres, los ancianos, los niños y los pobres.

RECONSTRUCCIÓN DE LA TEORÍA
SOCIOLÓGICA: CLASE SOCIAL, RAZA/ETNIA,
GÉNERO Y EDAD BAJO LA EVIDENCIA
ANALÍTICA DE LA VEJEZ

A pesar del auge de estudios sobre la vejez en los países desarrollados, se han tardado en relacionar al envejecimiento con otras categorías analíticas que han probado su utilidad en el análisis sociológico. En nuestros países, menos desarrollados, son contados los estudios sobre la vejez y son aún menos numerosos los que incluyen además las categorías de clase social, raza/etnia y género. Esto se debe a una marginación implícita de la vejez, que subyace frente a otras prioridades sociales e institucionales, situación que refleja la estructura social imperante. Para varias estudiosas este fenómeno ha reforzado el poder de las imágenes negativas sobre las etapas avanzadas del curso de vida. A la vejez no se le incorpora en la reflexión sobre

las desigualdades derivadas de la estructura económica, ni tampoco en la revisión de las desigualdades socio-culturales y mucho menos en aquéllas donde se hace referencia a la diferenciación étnica y de género. Desde el punto de vista de la creación de conocimiento social esto podría catalogarse como altamente discriminatorio (Ginn y Arber, 1996). Incluso, desde el feminismo la ausencia de estudios sobre la vejez femenina deja en claro una débil recuperación del futuro sociológico, que bien podría cuestionar la capacidad de predecir de las ciencias sociales.

Aunque se ha legitimado desde hace algunos años el uso de categorías como clase social y raza/etnia para explicar o interpretar la estructura de las relaciones sociales, muy poco se les ha utilizado junto con género y edad. Inicialmente se produjeron artículos relacionando clase social y vejez (que no edad). Por ejemplo, Laczko y su equipo (1988), en un artículo titulado "Early Retirement in a Period of High Unemployment" mostraron que, simultáneamente a la creación de un ambiente de aceptación del retiro temprano entre el gobierno británico y los sindicatos y agrupaciones obreras, se extendía la pobreza entre la población inglesa. Con base en diferentes encuestas de empleo, los autores observaron que la presencia de enfermedades no era una razón real para retirarse tempranamente del mercado de trabajo, y que ese fenómeno era más frecuente entre los trabajadores manuales que entre los no manuales. Las

explicaciones que anotaron fueron por un lado, el exceso de mano de obra entre los obreros manuales, para los cuales la edad fungía como un factor de exclusión del mercado laboral; y, por el otro, la mayor probabilidad de que ellos sobrevivieran con menores ingresos en contraste con los trabajadores no manuales.

A su vez, Arber y Gilbert (1989), en un artículo titulado "Men: The Forgotten Carers", encontraron que entre los pensionados varones de 1980 la ocupación previa era el principal factor que determinaba la fuente y monto de sus ingresos en la vejez. Su posición laboral parece haber estado influida por las condiciones económicas y por acontecimientos históricos (como la guerra), así como por cierta configuración de oportunidades familiares. Los resultados mostraron que la estructura social condicionaba la carrera laboral de los hombres y ésta resultaba fundamental para entender el nivel de ingresos de las personas en su vejez.

Hasta ese momento el estudio de la clase social, definida por la inserción de los individuos en el mercado de trabajo, pareció vincular a la población anciana a través del papel social de los sistemas de pensiones. Posteriormente, otros ejercicios analíticos con la misma discusión teórica de fondo intentaron incorporar actividades no necesariamente relacionadas con el mercado laboral; en sentido estricto, se habló del cuidado informal como una dimensión olvidada en el análisis de clases. Arber

y Ginn (1992), en un artículo titulado "Research Note. Class and Caring: A Forgotten Dimension", exponen cómo desde el ámbito de las actividades extralaborales existen grandes diferencias según la clase social a la que se pertenece, sobre todo en lo concerniente al cuidado de personas discapacitadas o en edad avanzada. Mostraron que las familias de clase trabajadora eran más proclives a realizar actividades de cuidado en sus propias casas, en contraste con lo que sucedía en las familias de clase media. El cuidado intradoméstico se percibe más intenso en tiempo que el extradoméstico. Y el cuidador por lo general está en edad laboral, por lo que esas personas tienen tanto las obligaciones como los recursos propios de su etapa de vida. Las autoras concluyen que las desigualdades de clase en el cuidado informal reflejan el tratamiento socialmente estructurado hacia la enfermedad y la discapacidad, y son las familias de clase más pobre las que experimentan el mayor costo por el cuidado de esta población.

Casi simultáneamente a la integración analítica de categorías como clase social y vejez, la tendencia sociológica se orientó hacia la incorporación de la perspectiva de género en ese marco de construcción teórica (Dale, Gilbert y Arber, 1985).³ Los primeros estudios destacaron la importancia de ubicar la relación que guardan los hombres y las mujeres con el mercado de trabajo. Los subsecuentes análisis destacaron la desigualdad de ingresos entre hombres y

mujeres, sobre todo porque esa iniquidad se estructuraba desde la etapa de vida productiva, de la que las mujeres se encuentran fuera o en ocupaciones predeterminadas por su género, como consecuencia de la división sexual del mercado de trabajo y de su papel en la economía doméstica. Tal situación condiciona ampliamente su acceso a planes dignos de pensión y mejores ingresos en la vejez. En esta etapa de sus vidas, las mujeres tienen una contrastante diferencia de ingresos, dato que podría orientar su inserción de clase en la vejez. Se concluye que su posición social en esta época de su vida está condicionada por su género, estado marital e historia ocupacional (Arber, 1989; Ginn y Arber, 1991).

Estudios posteriores buscaron enlazar los patrones de empleo como condicionantes de la situación social de los hombres y las mujeres en su etapa de vejez, analizando el papel de las pensiones. Ginn y Arber (1993), en un artículo titulado "Pension Penalties: The Gendered Division of Occupational Welfare", analizan las diferencias de género en el acceso a las pensiones ocupacionales usando una encuesta de hogares de 1987. Ellas encuentran que variables como el estado marital, la posición familiar y su tipo de inserción en el mercado laboral tienen un peso determinante para conseguir una pensión. El número de mujeres pensionadas es reducido si ellas son casadas, tienen un hijo, trabajaron tiempo parcial sobre todo en el sector privado o, en su caso, si traba-

jaron durante una corta temporada y con bajos ingresos. Ellas concluyen que es necesario que el Estado sea más generoso en sus provisiones si no quiere que se incremente el número de mujeres ancianas en condiciones de pobreza.

La salud en los estudios sobre población en edad avanzada es una temática que se trabaja aisladamente del contexto social. En un artículo titulado "Gender and Inequalities in Health in Later Life", Arber y Ginn (1993) analizan las variaciones en la salud de acuerdo con la clase social, la cual está definida principalmente por su posición en el mercado laboral. Sus resultados indican que las mujeres ancianas tienen una salud menos favorable en contraste con los hombres de su misma generación. Asociando esta información con la de clase social se encuentra que las mujeres y hombres con mejores ventajas económicas tienen mejor estado de salud. El estudio concluye que aunque las mujeres ancianas experimentan una mayor morbilidad en contraste con su contraparte masculina, las desigualdades estructurales en la salud son igualmente pronunciadas.

A pesar de la batalla progresista dada por estos estudios científicos, el común de las investigaciones sobre personas ancianas fueron realizadas con enfoques que estereotipan negativamente su condición, suceso que pareciera tratar de no aclarar intencionadamente la desigualdad de circunstancias que enfrentan hombres y mujeres, y que además se procesan de manera diferente

(Gibson, 1996). A partir de la literatura revisada es posible anotar que el énfasis sobre la desigualdad ocupacional y el desnivelado acceso a los planes de pensión personales no han sido evaluados desde la crítica a la división sexual en el mercado de trabajo y al proceso de socialización de las mujeres en la economía doméstica (Wainerman y Moreno, 1987; Gibson, 1996).

Como puede apreciarse, el género es una categoría de mayor difusión, aunque en muchas ocasiones se confunde con sexo y, lo que es aún peor, que se ha tratado de reducir aludiendo casi en forma exclusiva al sector femenino de la población. Al respecto se ha discutido la creciente participación de las mujeres en el trabajo de cuidar, sobre todo en caso de niños, enfermos y ancianos con necesidad de cuidados prolongados (Foster y Brizius, 1993; Sánchez Ayendéz, 1993; Concepción, 1994; Goldscheider, 1994). En un primer momento la presencia de las mujeres fue resaltada al discutir la construcción social de su ser como “buena hija, esposa y madre”. Posteriormente se abundó sobre el papel de los hijos varones en el mantenimiento económico de sus padres y como cuidadores también (Rose y Errollyn, 1995). En ese periodo los estudios aludieron a la población anciana como receptora de ayuda, generando una imagen de pasividad, y así se produjeron trabajos que trataron de orientar la discusión hacia la teoría del intercambio social (Danigelis *et al.*, 1990; Spitze y Logan, 1990; Cooney y

Uhlenberg, 1992; Hogan y Eggebeen, 1995). Esta nueva perspectiva de las relaciones entre géneros y generaciones se vio muy enriquecida. Lo cierto es que poco se analizaba a las mujeres y hombres ancianos, así como sus relaciones de poder y condición de género. La reconstrucción de su identidad en esta etapa de la vida ha sido investigada sin amplitud desde las disciplinas antropológica y sociológica.

Otros estudios destacaron la invisibilidad de la edad en la agenda feminista, lo que llevó a excluir la situación de las “mujeres en edad avanzada”, marginación que contribuyó al fortalecimiento de la imagen patológica con que se asociaba a la vejez (Arber y Ginn, 1991). La categoría *edad* se ha tratado de incorporar aludiendo inicialmente a fenómenos como la vejez. Pero lo cierto es que aun así, la edad no ha sido integrada por la sociología. Su importancia radica en que permite observar diferencias con respecto a las otras tres categorías (clase social, raza/etnia y género), además de plasmar la interrogante permanente de que el tiempo es un factor que se procesa en los individuos, transformando sus identidades conforme ellos cumplen años. Incorporar la edad no significa agregar una variable más en los análisis, significa tomar en cuenta “los desequilibrios potenciales de poder estructurados por las relaciones de edad” (McMullin, 1996).

Por eso, el envejecimiento como fenómeno mundial ha inquietado a los sociólogos, aunque se sigue percibiendo

una marginación temática que refleja la propia marginación social. En esta estructura jerárquica son las mujeres ancianas las personas que ocupan la última posición en la escala social (Chappell y Havens, 1980, citado en McMullin, 1996; Ariño, 1996). Cito

...los desequilibrios de poder configuran las construcciones teóricas; el lugar que ocupa un grupo en la estructura social influye en la cantidad de atención teórica que se le presta. Por tanto, las mujeres ancianas tienden a ocupar una posición de categoría social inferior que los hombres de todas las edades y que las mujeres más jóvenes (excepto en el caso de que se trate de madres sin compañero), sobre todo en términos económicos (McMullin, 1996).

La edad incorpora a la discusión temática la idea de proceso, en la que el curso de vida como aproximación analítica adquiere mayor poder de explicación e interpretación social.

Las reflexiones sobre el curso de vida señalan que en la historia reciente la vida ha pasado de “ser categorizada” a “estar temporalizada”, es decir, regida por una especie de “cronologización”. A través de esta organización, basada en el tiempo, la vida sigue una secuencia de acontecimientos definidos como transiciones. Tuirán (1996) argumentaba que la codificación de la vida de acuerdo con una edad cronológica representa uno de los aspectos más relevantes tanto para la organización social

como para la construcción subjetiva de la vida. Desde el punto de vista individual la edad cronológica representa un criterio por el cual la gente se organiza e interpreta sus experiencias durante sus vidas. Desde el punto de vista macrosocial, la edad cronológica se ha convertido en uno de los más importantes principios de la organización social (traducción de la autora).

La próxima pregunta que se intenta responder es saber si cuando hablamos de edad estamos hablando de vejez (Mario Aguilar, University of St. Andrews). Al parecer no necesariamente, la propuesta principal radica en construir una teoría de las relaciones de género y edad, aunque existen variantes más simples que buscan añadir género y edad a las teorías sociológicas, o tratan de sumar el género a las teorías sociológicas sobre el envejecimiento o intentan agregar las relaciones de edad a la teoría feminista (McMullin, 1996). La etapa de vejez no es la única etapa de la vida incluida en esta reflexión sino que, a través de la categoría edad, se incorporarán otras tantas etapas, dejando atrás la fragmentada herramienta analítica adaptada a partir de los insumos de información transversal.

La categoría *edad* puede tener diferentes definiciones que a su vez pueden incidir en la noción de vejez y determinarla. Se distinguen tres definiciones de edad que podrían aproximarnos a tres nociones de vejez: cronológica, social y fisiológica (no abundaré en ellas en función del espacio del que dispongo).

Es necesario advertir que los estudios más difundidos asumen la definición cronológica, por cierto la más próxima a este fenómeno pero no la más integral.

PERFIL SOCIOLOGICO DE LA POBLACIÓN
CON 60 AÑOS Y MÁS RESIDENTE
EN EL DISTRITO FEDERAL

El Distrito Federal está experimentando un proceso de envejecimiento más rápido que el resto de las entidades del país, debido fundamentalmente al cambio en el comportamiento reproductivo de su población y a los flujos migratorios que fueron atraídos a esta entidad en décadas pasadas.

A pesar de ello, se ha estudiado poco la población con 60 años y más, y de acuerdo con el estado de la cuestión presentado previamente, es fácil concluir que no se ha analizado a la vejez insertándola en las discusiones teóricas mencionadas. No se han elaborado trabajos rigurosos que se apoyen en categorías sociológicas como clase social, raza/etnia, género y edad, no obstante que su capacidad explicativa puede ser muy amplia. Además, si bien la información con que se cuenta en México no ha sido explorada a profundidad tampoco permite hacer análisis con confianza y robustez estadística.

El perfil de la población adulta mayor —por considerarla prácticamente como aquella con 60 años y más— difiere entre hombres y mujeres de la misma cohorte, así como cada seg-

mento con respecto a las más jóvenes. Por cuestiones analíticas organicé mi exposición separando las características de las mujeres y de los hombres con 60 años y más residentes en el Distrito Federal. Este formato de discurso, tomado de las sugerencias de autoras como Arber y Ginn (1995) y Gibson (1996) tiene como finalidad no hacer alusiones comparativas que aparenten una mejor situación de los hombres frente a las mujeres o viceversa, porque la solución no deriva del simple hecho de analizar las diferencias entre sexos o el conflicto intrageneracional, la forma del discurso que se propone busca enfatizar la dependencia y marginación originada por la estructura social y económica diferente entre los sexos.

Las mujeres en edad avanzada en el Distrito Federal

Siguiendo la tendencia mundial, las mujeres con 60 años y más sobresalen entre la población en edad avanzada del Distrito Federal. Según el Censo de Población y Vivienda de 1995, estamos hablando de cerca de 400,000 mujeres con 60 años y más, poco más del 12 por ciento de todas las mujeres con 60 años y más del país y cerca del 20 por ciento si añadimos a las que residen en el Estado de México (véase Mapa 1). De hecho son ellas las que con mayor facilidad llegan a cumplir más de cien años (cerca de 500 mujeres en esta entidad dicen tener 100 años o más). Este dato

MAPA 1
Población de mujeres de 60 años y más distribuida en el territorio nacional



evidentemente fortalece el principal argumento de los especialistas sobre vejez en el mundo, que ha hecho prestar especial atención a la conexión entre género y envejecimiento, aunque en realidad se desconoce el perfil de estas mujeres. Mientras en otros países investigaciones sobre la longevidad están llamando la atención,⁴ nosotros no hemos atendido el impacto de este proceso genético en

nuestra sociedad. Cuáles son las condiciones de vida de estas mujeres, puede ser una primera interrogante. La mayor presencia femenina en la tercera edad es una tendencia que continuará en el próximo siglo ya que la esperanza de vida de las mujeres nacidas en 1990 en el Distrito Federal se calcula en 71.3 años (Montes de Oca, 1995b), mientras que los años por vivir de las generacio-

nes con 60 años y más de hoy oscilan a partir de los 17 años (véase Cuadro 1 y Gráfica 1, para ambos sexos). La mayor probabilidad de sobrevivencia femenina ¿puede traducirse en fortaleza bioló-

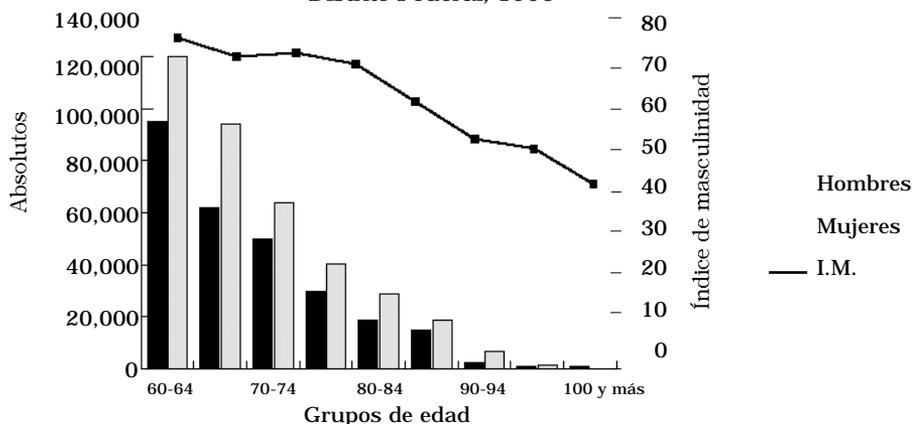
gica evidente por su mayor longevidad? o ¿es una revancha de su condición de género? ¿Vivir en condiciones de dependencia y fragilidad extrema puede considerarse un éxito de la modernidad?

CUADRO 1
Distrito Federal. Tabla corregida de mortalidad para ambos sexos, 1990*

Edad x, x+n	nm _x	nnq _x	lx	ndx	nL _x	T _x	e° _x
0		0.01944	100000	1943.	98736	7062692	70.6269
1-4	0.00368	0.01460	98056	1431.	389222	6963955	71.0195
5-9	0.00079	0.00392	96625	378.	482181	6574733	68.04335
10-14	0.00061	0.00305	96246	293.	480500	6092552	63.30136
15-19	0.00106	0.00530	95953	508.	478494	5612051	58.48728
20-24	0.00151	0.00753	95444	718.	475424	5133557	53.78582
25-29	0.00164	0.00816	94725	772.	471695	4658132	49.17505
30-34	0.00180	0.00898	93952	843.	467655	4186436	44.55895
35-39	0.00214	0.01063	93109	989.	463072	3718781	39.93991
40-44	0.00269	0.01338	92119	1232.	457516	3255708	35.34221
45-49	0.00364	0.01805	90887	1640.	450333	2798192	30.78758
50-54	0.00530	0.02614	89246	2332.	440400	2347858	26.30759
55-59	0.00797	0.03908	86913	3396.	426077	1907458	21.94656
60-64	0.01341	0.06487	83517	5418.	404040	1481380	17.73742
65-69	0.02296	0.10857	78099	8479.	369296	1077339	13.79453
70-74	0.04522	0.20315	69619	14143.	312739	708043	10.17019
75-79	0.08753	0.35908	55476	19920.	227579	395304	7.12566
80-84	0.15423	0.55656	35555	19788.	128307	167724	4.71722
85 y más	0.40000	1.00000	15766	15766.	39417	39417	2.50000

* Tabla corregida con el sistema logito de William Brass.

GRÁFICA 1
Población femenina y masculina con 60 años y más y su índice de masculinidad,
Distrito Federal, 1995



Las mujeres viven solas casi en un 10 por ciento, es decir, residen en lo que se conoce como hogares unipersonales. La investigación de otros países alude a que las mujeres parecen ser más autosuficientes para vivir solas. Pero también se dice que es la construcción de género quien las percibe así socialmente. La realidad es que también se ha encontrado que ellas se perciben autónomas y viviendo satisfactoriamente (Gutiérrez, 1995), aunque sus condiciones de vida las presentan como frágiles en salud y económicamente vulnerables. En muchos casos son mujeres que enviudaron y han atravesado por lo que se conoce como etapa del nido vacío. Pero en otros casos nunca se casaron y tampoco tuvieron hijos, por lo que la única posibilidad de residencia, ante la carencia de parientes cercanos, es vivir solas. Si pensamos que cada vez mayor número de mujeres puede optar por tener menos hijos o no tenerlos por la anticoncepción y la transformación del sentido de la maternidad, por la mayor educación y el incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo, entonces vale la pena conocer cuáles son las condiciones de vida de estas mujeres que viven solas, qué tipo de características tienen, con qué apoyos cuentan y si existen diferencias según su clase social. Si las mujeres están socializadas para seguir un modelo de esposas y madres cuál es la respuesta de la sociedad y del gobierno, al no cumplirse esas expectativas sociales.

Una gran parte de las mujeres viven en hogares nucleares conyugales y de tipo monoparental. En el primer caso residen con el cónyuge, y en el segundo ya experimentaron la viudez, la separación o el divorcio. En esos hogares muchas de ellas son jefas de hogar, en otros han cedido la jerarquía a algún hijo o hija soltero quien les sostiene económicamente ¿Tiene algún significado la dependencia económica que se prolonga cada vez más en el curso de vida de las mujeres? ¿Se considera esa relación una obligación socialmente constituida? Al respecto, desconocemos tanto la opinión de la anciana como la de su descendencia. En estricto sentido, la organización social y familiar sobre las redes de apoyo o el papel de los apoyos formales e informales, resultan cruciales cuando el número de hijos es cada vez más reducido, lo que debilita el papel de la descendencia como principal fuente de transferencias. Por otra parte, sería interesante conocer cómo se vive la experiencia de viudez en las mujeres de la tercera edad, una vez que sabemos que el diferencial por sexo en la esperanza de vida incrementa el periodo de viudez de la población femenina (Uhlenberg, s/f). Es conocido que los hombres mayores con frecuencia contraen segundas nupcias con mujeres más jóvenes que ellos, para lo cual se separan o divorcian. Las implicaciones que tiene este fenómeno de reemplazo matrimonial sobre la seguridad económica de las mujeres de la tercera edad y cómo se viven la separación y el divorcio entre

diferentes clases sociales, son preguntas que necesitan investigación.

Aunque la gran mayoría de la población reside en hogares ampliados, donde probablemente conviven tres o más generaciones, llama la atención que la anciana en familia es una imagen que domina en la sociedad. No obstante, no hemos averiguado si este tipo de hogares son benéficos para la población o si, como ha resultado en Brasil, la gente con mayor grado de pobreza se une para optimizar sus escasos recursos económicos y humanos, situación que probablemente condiciona el bienestar general de la familia y en particular de la anciana (Ramos, 1994). Además, como ha sucedido en otros países, ¿es posible tener una sensación de tranquilidad sobre el dato que “asegura” el que la población femenina en la tercera edad viva con varias generaciones? En el futuro próximo será necesario responder cómo se estructuran las relaciones familiares entre varias generaciones; cuáles son las relaciones entre mujeres de varias generaciones y entre ellas y otros familiares; es posible garantizar bienestar y apoyo intradoméstico en este tipo de arreglos familiares; en qué situaciones surge el maltrato hacia el anciano; cómo cambian las relaciones familiares multigeneracionales entre clases sociales.

No debemos olvidar que el cambio en los patrones de reproducción tenderá a modificar la disponibilidad de apoyo entre las mujeres de la tercera edad. De acuerdo con algunos resultados de

investigación las mujeres que viven solas, y que no tuvieron hijos, son aquellas que presentan una mayor marginación de la reflexión sociológica, en los estudios de investigación y en las políticas públicas. De hecho son las mujeres las principales residentes de las casas de cuidados prolongados (asilos). Esta situación se da por varias razones, sobresale su propia voluntad de no querer “ser una carga para su familia”, lo que puede interpretarse como una automarginación elaborada a partir de su condición de género, lo que las hace sentir que pierden valor social. Cuando ya no son o ya no se sienten necesarias, ellas mismas buscan su propio aislamiento. Como si con su ausencia del espacio familiar siguieran ayudando a sus seres queridos (Montes de Oca, 2000a).

Las mujeres en edad avanzada del Distrito Federal están incorporadas a los sistemas de seguridad social de dos formas: a través de haber obtenido su pensión por derecho propio y mediante el acceso a la atención a la salud. Las mujeres que se encuentran en el primer caso, es decir, las que trabajaron y obtuvieron su pensión rebasan apenas el 9 por ciento, ellas fueron socializadas para ser esposas, madres e hijas, y el trabajo realizado para la economía doméstica acaparó la atención de gran parte de sus vidas. El derecho a pensión ganado por ellas mismas y por sus actividades en el mercado de trabajo formal es un hecho muy raro entre estas generaciones, realmente fueron la vanguardia que inauguró el camino de la

participación femenina en el mercado de trabajo. Pero hay que tener conciencia de que hasta el momento ninguna mujer se ha jubilado por haber realizado durante gran parte de sus vidas tareas domésticas o por haber cumplido su labor reproductora. El derecho a pensión también se da por viudez y, en menor medida, cuando fallece algún hijo/hija de quien dependía económicamente. De cualquier forma, las mujeres del Distrito Federal cuentan con muy bajos ingresos derivados de su propia trayectoria laboral o situación marital o familiar. Esa vulnerabilidad estructurada, resultado de lo que se ha dado en llamar “el precio de ser mujer” las coloca, aun en la vejez, en desventaja social.

En cuanto a la atención a la salud, las mujeres adultas mayores del Distrito Federal están incorporadas en un 32.7 por ciento a las instituciones encargadas de ese servicio (IMSS, ISSSTE, Pemex, principalmente). Sin embargo, hay que anotar que muchas de esas mujeres obtuvieron el servicio porque sus hijos o sus esposos tenían el derecho a incorporarlas. El número de casos de esas mujeres que obtuvieron el derecho por cuenta propia es insignificante. Su incorporación y disponibilidad de atención en las instituciones de seguridad social, con los mejores aparatos y evaluación especializada, parece depender de su posición de esposa y madre y no de un derecho adquirido de manera autónoma e independiente de su condición de género.

El apoyo institucional resulta muy importante por las condiciones de salud que experimentan las mujeres con 60 años y más. Según las estadísticas de mortalidad de 1990, las principales causas de muerte se derivan de enfermedades crónico-degenerativas, por padecimientos cardiovasculares, diabetes y diferentes tipos de cáncer. Según la información ellas mueren principalmente por cáncer de seno, seguido por los de cervix, estómago, tráquea-bronquios-pulmón, páncreas, hígado y colon-recto. Estos datos deben alentar programas de salud reproductiva en los que se incluya a todas las mujeres independientemente de su edad.

Aunado a la fuerza que van adquiriendo las enfermedades a las que nos hemos referido como resultado de la transición epidemiológica, las mujeres del Distrito Federal mueren también de padecimientos transmisibles, propios de condiciones ambientales deterioradas y situaciones de pobreza. La principal causa de muerte entre estas mujeres es la neumonía. ¿Cuáles son las condiciones socioeconómicas que relacionan enfermedades crónico-degenerativas y transmisibles? ¿De qué manera los padecimientos crónico-degenerativos van deteriorando la calidad de vida de la población? ¿Cuáles son los antecedentes de las mujeres que padecen cierto tipo de enfermedades progresivamente invalidantes? ¿Cuál es su impacto en la institución familiar?

El tipo de preguntas que nos planteamos busca relacionar los contextos

sociales, las historias laborales y el medio ambiente con la generación de procesos salud-enfermedad. Es necesario vincular la estructura socioeconómica con la salud de la población. La evidencia de otros países indica cómo los contextos de pobreza y desgaste laboral determinan la generación de ciertas enfermedades. El poder de la medicina ha logrado aislar la investigación sociológica sobre la salud, y ésta en el futuro cercano puede ser una fuente de discusión política muy relevante.

Otro aspecto que es fundamental y por desgracia muy poco atendido es la nutrición. Según la Encuesta Urbana de Alimentación y Nutrición de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (Enurbal, 1990) las mujeres con 50 años y más residentes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México sufren de malnutrición por exceso, teniendo una prevalencia de 30 por ciento aquellas que tienen obesidad severa o moderada. La malnutrición por exceso puede deberse a un desequilibrio en la cantidad y calidad de los alimentos ingeridos. Aparentemente se debe a un exceso de carbohidratos y a un muy limitado esquema de ejercicio corporal. Esta información resulta ser interesante por un comentario que hizo alguna vez el profesor Mario Margulis en relación con el cuidado del cuerpo entre clases sociales. Al parecer las clases medias tienen un mayor cuidado del cuerpo, no necesariamente de la salud, mientras que en clases trabajadoras podría pensarse que se da un descuido del cuerpo y

de la salud. La malnutrición por exceso o deficiencia pueden ser factores que coadyuven al desarrollo de posibles padecimientos crónicos invalidantes o en su caso limitantes para tener una actividad funcional aceptable. Al respecto cabe señalar que la percepción en torno al cuerpo puede ser una dimensión interesante de estudiar. La relación entre el cuerpo y las clases sociales puede no ser fácil de indagar, pero de ella pueden surgir diferencias significativas. La noción de belleza y de la forma del cuerpo deberían de tener un referente crítico más fuerte que cuestione los patrones imperantes en la sociedad actual.

Cabe señalar, incluso, la creciente incidencia de diferentes padecimientos mentales entre la población femenina en la tercera edad. En caso de padecer algún tipo de estos padecimientos los costosos tratamientos y la evaluación sólo son posibles si se cuenta con apoyo institucional, el mismo que se adquiere a través de su condición de género. Algunas investigaciones han calculado el costo de la enfermedad en estas edades (Lozano, 1998) que, sin el apoyo institucional, recae en los miembros del hogar, contribuyendo con ello al multifactorial deterioro de la calidad de vida de los hogares.

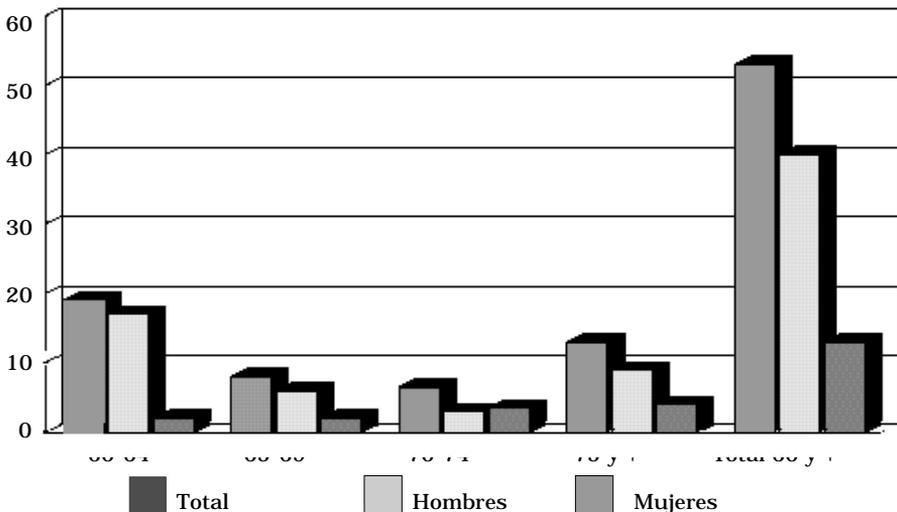
La diversidad de padecimientos en esta época de la vida y el acceso a las instituciones de salud son un conjunto de elementos que deben ser analizados a través de la reflexión sobre la condición de género de las mujeres y su inserción de clase. Es probable que las

mujeres de una clase social con mejores recursos económicos puedan recurrir a establecimientos privados de atención a la salud, mientras que las de clase trabajadora quedan obligadas a recurrir a los servicios públicos de las instituciones encargadas de la seguridad social o aquellas encargadas de la población abierta. La tecnología más avanzada se localiza evidentemente en las instituciones privadas, aunque no necesariamente se brinde ahí la mejor atención. En el caso de los servicios públicos no existe la mejor tecnología y tampoco se garantiza la mejor atención. De hecho, la mayoría de las críticas sobre estas últimas instituciones radica en que tienen buenos programas pero un trato deficiente. Las mujeres que no cuentan con atención pública ni tienen el capital para atenderse en instituciones priva-

das de tipo lucrativo recurren a atención no especializada, con las evidentes consecuencias. En ocasiones buscan soluciones en la llamada medicina tradicional (hueseros y curanderos) o con el empleo de farmacia, entre otros. Quizá la “opción” más extrema sea la automedicación.

La información sobre los suicidios de 1995, aislando el dato para personas con 60 años y más, nos permite observar cómo en todo el territorio nacional las mujeres con 60 años y más tienen una significativa ocurrencia de 37 suicidios, de los cuales 14 suceden en el Distrito Federal (véase Gráfica 2). Este dato llama la atención y motiva más preguntas que respuestas sobre la salud mental y las causas de este tipo de fenómenos. Si estas 37 mujeres padecían algún tipo de depresión o cuál era

GRÁFICA 2
Suicidios reportados para ciertos grupos etarios, Distrito Federal, 1995



su inserción de clase social son preguntas que necesitamos contestar desde perspectivas sociológicas en el futuro cercano.

Como la vulnerabilidad económica de las mujeres es muy alta (al grado de considerarse que ellas ocupan la última posición en la estructura social), tienen una significativa presencia en el mercado de trabajo. Aun con 65 años y más, en 1992 en la ciudad de México, presentan un nivel de participación en el mercado de trabajo del 13.5 por ciento. El perfil sociodemográfico de estas mujeres indica que son básicamente solteras, divorciadas o separadas y viudas, las cuales pueden tener un nivel de escolaridad muy bajo o relativamente arriba del promedio de su generación. El tipo de actividades que realizan nos muestra que se concentran en el sector terciario, en aquellos servicios distributivos como el comercio o en servicios personales a través de trabajos domésticos.

La gran mayoría de estas mujeres no son asalariadas, de lo que se desprende que su actividad económica se realiza por necesidad y porque no cuentan con un apoyo familiar que les permita sobrevivir satisfactoriamente. Podría pensarse que, al ser no asalariadas, un gran número no cuenta con el apoyo institucional derivado de la formalización de sus actividades dentro del mercado de trabajo. Pueden trabajar así porque lo hacen temporalmente, en horarios flexibles y con jornadas parciales (Montes de Oca, 1995).

Aunque el resto de la población femenina se considera inactiva, bien vale la pena indagar sobre lo que representa para las economías domésticas esta categoría. Las mujeres de la ciudad de México, si alguna vez trabajaron, dejaron de hacerlo en un 60 por ciento por causa del matrimonio y la crianza de sus hijos, 13 por ciento por enfermedad y 15 por ciento por jubilación. Esa situación las hace dependientes de algún familiar en un 81.5 por ciento, sólo 9.2 por ciento viven de una pensión por su propia trayectoria laboral y el 7 por ciento viven de su pensión por viudez (Montes de Oca, 1995). La reorganización de sus compromisos como esposas y madres se muestra incompatible con lo que fueron sus actividades en el mercado de trabajo. Condición que en muchos casos está incidiendo sobre su dependencia económica, su limitado acceso a planes de pensión propios y sus niveles de pobreza en la vejez. La inactividad es una categoría que amerita muchísima mayor investigación, sobre todo porque algunos estudios han señalado el significativo papel de las mujeres en sistemas de intercambio con generaciones más jóvenes de ambos sexos, lo que puede ser interpretado como una estrategia de optimización de recursos humanos. Además es conocido el papel que ellas han tenido como sustitutas de amas de casa, madres y cuidadoras en los hogares donde otras mujeres realizan actividades económicas. La inactividad es para ellas una categoría sin sentido, pues sus actividades cotidianas

siguen siendo fundamentales en la reproducción de los hogares, incluso en edades muy avanzadas. Su trabajo desde la perspectiva feminista es doblemente invisible porque lo realizan mujeres y porque son ancianas.

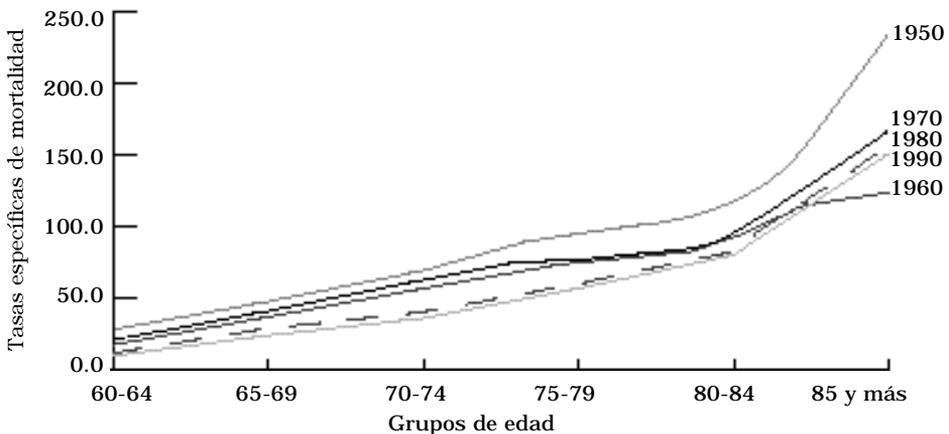
Los hombres en edad avanzada en el Distrito Federal

La población masculina con 60 años y más representa una proporción significativa del conjunto del país y se estima que continuará creciendo, ya que la esperanza de vida se calcula en 69 años si es población que ha nacido en 1990. Los ancianos de hoy pueden esperar vivir hasta 15 años más después de haber cumplido sus 60 años (véase Gráfica 3). Según el Censo de Población y

Vivienda, los hombres en estas edades eran cerca de 300 mil en el Distrito Federal en 1995. De ellos 200 declararon tener 100 años o más.

Entre los hombres mayores de edad hay una gran permisibilidad social para contraer segundas o terceras nupcias. Esta situación sociocultural, que hace a los hombres viejos más aceptables socialmente, ha condicionado una serie de arreglos residenciales diferentes para ellos. Por lo general, hasta muy avanzadas edades ellos conservan la jefatura del hogar residiendo principalmente en hogares ampliados y nucleares de estructura conyugal y monoparental. Dentro del hogar mantienen una aparente posición de autoridad moral, aunque en algunos estudios se ha encontrado que parte de su jerarquía se debe a que ellos son propietarios de la vivienda, lo

GRÁFICA 3
Tasas específicas de mortalidad de la población con 60 años y más en el Distrito Federal, 1950-1990



Fuente: Conapo-DIF (1994). *Compendios de información sociodemográfica, 1950-1990*. Distrito Federal, México

que los coloca en una posición económica superior en el interior de los hogares (Montes de Oca, 2000). Vivienda que heredan por lo regular a su cónyuge al momento de morir y que, en algunos casos, las hace a ellas adquirir la autoridad familiar. Si bien en una proporción muy importante los hombres tienden a residir con sus parientes cercanos (hijos y cónyuges), se han presentado casos probados con evidencia cualitativa que muestra cómo este tipo de arreglos residenciales no garantizan su bienestar individual. El miedo a la soledad y la percepción de que necesitan que los atiendan son las principales razones para que ellos, aun en edades avanzadas, busquen originar nuevas familias y, por ende, obtener el apoyo necesario en esas edades. De hecho, únicamente un 7 por ciento vive solo, y su presencia es poco significativa en las instituciones de cuidados prolongados (Montes de Oca, 1996) ¿Cuáles son las condiciones familiares y personales que determinan esta situación? ¿Qué características tienen los hombres que residen solos o en instituciones de cuidados prolongados? Parecen preguntas que necesitamos responder por los probables cambios que en el futuro tendrá la configuración de los arreglos residenciales.

Por otro lado, llama la atención la existencia de los hombres en edad avanzada quienes carecen de hogar y viven como indigentes dependiendo de las instituciones de protección social. La edad promedio de los indigentes que vi-

ven en las calles de la ciudad de México es de 53 años, el 80 por ciento de los cuales son varones. Las adicciones, el alcoholismo y las enfermedades mentales pueden ser las principales causas que generan el abandono o la separación familiar entre la población masculina. Sin embargo, son aspectos que aún desconocemos y no hemos podido detener tal fenómeno (DDF, 1996).

Por lo general se piensa que los hombres en edad avanzada tienen una situación económica hasta cierto punto ventajosa. Al parecer esto no es del todo cierto, las encuestas de empleo muestran que, del total de población masculina con 65 años y más residente en la ciudad de México en 1992, sólo el 28 por ciento cuenta con una pensión para sobrevivir económicamente. Esto puede traducirse en cerca del 60 por ciento que dicen recibir una pensión, pero únicamente de la clasificada como población económicamente inactiva, dato que podría ser mayor aquí en el Distrito Federal, a diferencia de lo que ocurre en otras áreas del país, donde la población inactiva es de 60.3 por ciento de los varones con 65 años y más. Sin embargo, hay que pensar que ese recurso económico no es del todo satisfactorio, cerca del 80 por ciento percibe mensualmente cantidades simbólicas para el consumo de la canasta básica (Montes de Oca, 1998).

Para muchos hombres el empobrecimiento acompañó su gradual envejecimiento individual. La transición a la jubilación, experimentada a través

de retiros obligatorios, estuvo acompañada de un cada vez más limitado papel de proveedor familiar, lo que evidentemente tendrá efectos sobre la identidad masculina. Esta población salió del mercado laboral incluso a edades tempranas, víctimas de la reconversión industrial y de las políticas de retiro temprano. Políticas que buscaban disminuir el creciente desempleo entre la población más joven. Al respecto falta conocer si esta población realiza actividades económicas adicionales y si es posible que hayan acumulado bienes o ahorros pensando en esta etapa de la vida.

En cuanto a la atención de su salud, un 31 por ciento de la población masculina de la tercera edad cuenta con servicios institucionales, lo que de nuevo pone a este sector de la población del Distrito Federal en una situación de vulnerabilidad social. La importancia de estos servicios radica principalmente en permitir retardar la aparición de enfermedades incapacitantes, con sus consecuentes costos sociales y familiares. La población masculina con 60 años y más muere con mayor regularidad de cardiopatía isquémica y de variados tipos de cáncer: en tráquea-bronquios-pulmón, seguidos por cáncer en la próstata, el estómago, el hígado, el páncreas y en el colon-recto. Otro dato que evalúa la importancia del servicio de salud entre la población masculina es que es proclive a morir por accidentes y lesiones, sobre todo en la vía pública. Al no contar con una inserción institucio-

nal en materia de atención a la salud lo más probable es que se dirijan al sistema de atención abierto que es de menor calidad, a la medicina privada la cual es inaccesible por sus costos o, en el peor de los casos, que busquen la automedicación o el charlatanismo cuyas consecuencias sociales poco conocemos.

La salud mental ha sido un área poco estudiada frente a las amenazantes enfermedades que se asocian con la vejez. No obstante, se observa un incremento de estados depresivos y padecimientos demenciales como el Alzheimer. Al respecto, es frecuente encontrar en la literatura de países desarrollados el papel de los miembros del hogar cuando reside con ellos un sujeto con padecimientos mentales. El grado de tensión que se genera, así como el maltrato por ignorancia, son temáticas que ya se están estudiando en esas latitudes ¿Cuáles son las estrategias de los hogares mexicanos frente a esta situación? ¿Reaccionan igual los hogares de clase trabajadora que los de clase media? ¿Cuál es la orientación internacional en materia de política social frente a esa tendencia en la salud pública? Son interrogantes que en México pronto necesitarán respuesta y su relevancia radica en proveer a las instituciones de salud con recursos humanos especializados que atiendan con calidad la última etapa de la vida de estas personas.

También en el caso de los varones es preocupante la ocurrencia de suicidios en el grupo de la tercera edad. Según información del Instituto Nacional de

Estadística Geografía e Informática (INEGI), en 1995 se consumaron 41 suicidios en el Distrito Federal, lo que equivale al 19 por ciento del total de suicidios de hombres con 60 años y más de todo el país.

Como se mencionó en páginas previas, el pequeño porcentaje de población pensionada y la inestable situación económica obliga a las personas a trabajar aun en edades avanzadas, desmintiendo con ello dos imágenes erróneas: 1) aquella sugerida por las instituciones oficiales que asocian la vejez con el ocio, la diversión y el jubileo; y 2) aquella propuesta por las instituciones de seguridad social que asocian vejez con retiro. La información indica que los hombres de la ciudad de México tienen una tasa de participación de cerca de 40 por ciento, tal vez consecuencia de la responsabilidad familiar como jefes de familia, de una necesidad de autoridad dentro de sus hogares o de una evasión a cambiar su condición construida socialmente como proveedor. Su ligeramente mayor nivel de escolaridad aparenta facilitar que continúen en el mercado de trabajo, sin embargo, dando un vistazo al tipo de actividades que realizan es posible concluir que existe una gran necesidad económica que busca solución a través del trabajo. Aquellos que trabajan son jefes de familia y otros parientes (abuelos, suegros, tíos, etcétera), quienes se encuentran casados casi en la misma proporción que solteros. También su escolaridad oscila entre los sin estudios y aquellos que dicen tener edu-

cación media, media superior y profesional. En muchos casos son personas que se prestan a trabajos de muy baja remuneración y posición dentro del mercado de trabajo. Mientras que otros en esos rangos de edad pueden ocupar cargos de mayor jerarquía en la sociedad y administración pública.

Paradójicamente existe en nuestra sociedad un número de varones en la tercera edad que llama la atención porque ocupan puestos de dirección en el sector público o en empresas privadas, y que son reconocidos por su amplia experiencia y prestigio. Esa imagen de *hombre viejo = experiencia* les permite prolongar su trayectoria laboral. Pero eso en todo caso los ubica en el sector terciario, básicamente en servicios distributivos —comercio— (29 por ciento), servicios personales —choferes, jardineros, entre otros— (20.7 por ciento), servicios sociales —policías, funcionarios públicos, médicos, contadores privados, entre otros— (12.3 por ciento) y servicios al productor (7.1 por ciento). Cabe señalar también su participación en la agricultura (12.7 por ciento), industria (12 por ciento) y construcción (6.1). Ellos realizan actividades manuales en un 51.2 por ciento y no manuales en un 22.2 por ciento. Su posición laboral los ubica como no asalariados (56.7 por ciento) y asalariados (34.2 por ciento). En el primer caso ese grupo es algo heterogéneo porque puede agrupar a hombres con altos ingresos junto a otros que viven del mercado informal, con actividades temporales de baja remunera-

ración y jornada parcial. Es posible que los asalariados cuenten, por su parte, con apoyo institucional de los sistemas de seguridad social, no obstante, lo más probable es que perciban muy bajos ingresos como consecuencia del control salarial de la actual política de empleo (Montes de Oca, 1995 y 1998).

Entre la población inactiva, cerca del 61 por ciento de los hombres en la tercera edad experimentó la jubilación rompiendo con el mito de que la población deja de trabajar por “enfermedades propias de la edad”, quienes están en este caso sólo representan el 20.2 por ciento de la población económicamente inactiva masculina con 65 años y más. Entre esta población las presiones de las políticas sobre el empleo obligan a las empresas a adherirse a programas de retiro temprano con lo cual convencen a trabajadores relativamente mayores de dejar de trabajar formalmente. Con esos programas se pretende abrir plazas que puedan ser ocupadas por el ejército de desempleados y jóvenes aparentemente con mejor capacitación, además de que el retiro de la planta en edad avanzada reduce los costos de producción. De cualquier forma, la jubilación es una transición delicada del curso de vida masculino según lo presentan algunas evidencias cualitativas. Esto se debe en parte a los bajos ingresos con que viven los jubilados, lo cual ha motivado la gestación de múltiples organizaciones que buscan ejercer presión política y mejorar su situación económica (Montes de Oca, 1995).

A MANERA DE CONCLUSIÓN: LOS RETOS PREVISIBLES EN LA SOCIOLOGÍA DE LA VEJEZ

La principal preocupación expuesta en este artículo nace de una sospecha hasta hace poco confirmada y es que desde el pensamiento sociológico, y especialmente feminista, no se ha hecho patente de una manera seria y rigurosa la reflexión sobre las mujeres y hombres ancianos. Desde la sociología no se ha dado aún un debate abierto e integrador que involucre a la vejez y especialmente a la edad en el análisis sobre las relaciones de poder y la organización social. En muchos casos, la investigación con técnicas innovadoras se dirige a otros sectores de la población, normalmente aquellos en edad laboral, por lo que se anula o ignora el estudio sobre mujeres y hombres en edad avanzada. Esta situación está muy relacionada con la orientación de los financiamientos para la investigación. Pero al final de cuentas el conjunto es una evidente manifestación de un espíritu que excluye lo referente a la población que se encuentra en la última etapa de la vida, un espíritu que se expresa no por lo que muestra sino por lo que no muestra en las investigaciones. Esto sucede en la gran mayoría de las ciencias sociales, pero que en definitiva nos alerta sobre una discriminación que se gesta socialmente y se refleja específicamente en el pensamiento sociológico. Una forma de integrar a la población anciana y a otros grupos sociales puede ser reflexionando sobre la edad como un elemento

que puede complementarse con otras categorías como clase social, raza/etnia y género, que en otros países y en el nuestro propio ya han demostrado su capacidad explicativa de las relaciones de desigualdad que se gestan actualmente.

En México la sociología ha tomado varios campos de interés, no obstante, en la gran mayoría no se ha pensado en otros grupos de población que no sean los adultos en edad productiva y reproductiva. De hecho hasta los niños y adolescentes han dejado de ser importantes para las políticas públicas. No está de más mencionar la ausencia de información sobre estos grupos sociales y la falta de análisis acerca de ellos.

Un primer vistazo a la poca evidencia sobre la situación de los adultos mayores en el Distrito Federal nos deja ver que los retos de la sociología para el próximo siglo son abundantes. La incipiente cantidad y calidad de información de los ámbitos nacional y estatal, así como la ausencia de preguntas de investigación como parte de discusiones teóricas relevantes, permiten prever el sentido de la sociología de la vejez del futuro. Algunos retos oscilan desde renovar la investigación sobre las clases sociales, razas/etnias, géneros y edades en las subáreas sociológicas (trabajo, urbana, rural, familia, población, educación y política) hasta incorporar la edad como factor de desigualdad social y de exclusión en la teoría social. Es evidente la ausencia de conexión entre estas esferas. Es decir, necesitamos reactivar las teorías con evidencias nue-

vas y metodologías rigurosas. Este ejercicio podría facilitar la generación de políticas sociales más acordes con las necesidades de la sociedad sin caer en posturas sexistas o gerontofóbicas.

En principio es necesario integrar a los estudios del mercado de trabajo la problemática que arroja la administración de la seguridad social, los procesos de jubilación temprana, así como el espacio marginado que ocupan ciertos grupos sociales considerados no relevantes para el desarrollo social y económico del país. Además es necesario replantear el valor social de la "inactividad", desde el trabajo doméstico no remunerado hasta el papel de la crianza y cuidado en lo que se ha dado en llamar economía doméstica. Esos planteamientos críticos han sido olvidados por la academia y es necesario revisarlos socialmente y concretarlos políticamente.

Los urbanistas también tienen varios retos. En principio revisar cómo la urbanización y la migración generan en ciertas ciudades, más que en otras, un proceso de envejecimiento más marcado. Asimismo se debe criticar la forma en que la arquitectura moderna se sostiene bajo el supuesto de optimizar la vida de los jóvenes, pero no la de los viejos. De igual manera el diseño de vivienda moderna, carente de espacios comunes, está siendo un factor determinante para que aquellos que no forman parte del núcleo familiar sean relegados, separados, abandonados. Situación que puede dar lugar a la in-

digencia, la institucionalización, el hacinamiento y el maltrato familiar.

La sociología rural no deja de ser importante, sobre todo por las consecuencias de los flujos migratorios que han dejado a algunas localidades en situaciones fantasmales, donde sólo habitan viejos y niños, y donde la economía local podría tener sustento en lo material pero no en la política asistencial. Recuperar el papel de los viejos en estas formas organizativas, así como el valor de la historia oral, son por demás temáticas que pretenden visualizar al envejecimiento desde una perspectiva antropológica mucho más sensible a lo humano.

La sociología de la educación, por su parte, debe adquirir también un papel renovador y autocrítico porque se esperan grandes cambios en esta materia en términos individuales y colectivos e institucionales. El proceso de envejecimiento debe incluirse en lo que se ha denominado cultura demográfica y para ello el papel de los sociólogos de la educación y de los comunicadores es fundamental.

La investigación sobre la familia debe comenzar rompiendo sus propios modelos impuestos. Las relaciones familiares se están volviendo más complejas, no sólo por la transformación en el tamaño y composición de los hogares, sino porque nuevos acontecimientos tienen mayor ocurrencia ante la posibilidad de que las personas podamos vivir más tiempo, frente a este escenario es necesario incorporar a los miembros añosos dentro de la nueva

dinámica familiar. Pero no únicamente como receptores sino como parte esencial para el desarrollo integral de las familias y los hogares, así como de sus comunidades. La perspectiva de género ha advertido cambios en las relaciones de poder entre hombres y mujeres de la tercera edad, sobre todo por el papel de las suegras y las abuelas. Esta es una muestra de cómo en el interior de las familias se descubre una diversidad de interrogantes que buscan comprobación toda vez que deseamos transformar a la sociedad empezando por lo cotidiano.

Los sociólogos políticos tienen un mayor reto aún y es traducir las evidencias científicas en una política social más incluyente, que permita recuperar la noción de ciudadanía y el derecho humano. Los sociólogos políticos deben mediar entre los planeadores de políticas, la administración pública y la evidencia de los investigadores sociales. Deben buscar nuevas formas de expresión política y medios de supervisión institucional así como nuevos indicadores de eficiencia pública. En fin, necesitamos hacer que la sociología recupere su sentido autocrítico, reconstructivo y de transformación de la realidad.

NOTAS

- 1 Todo este apartado se apoya principalmente en la obra de Sara Arber y Jay Ginn, sociólogas de la Universidad de Surrey en Inglaterra.
- 2 A partir del debate mundial se advierten diversas consecuencias cuyo resultado

ha sido un punto de vista poco favorable en aspectos económicos y políticos, mientras que la experiencia social resalta una visión positiva. Se han mencionado como consecuencias macroeconómicas negativas: una crisis en el financiamiento de las pensiones en relación con el amplio sector jubilado y el reducido sector productivo, así como en la escasez de la oferta de trabajo que valora los costos de producción. Se dice que las nuevas generaciones tendrán problemas para poner en práctica innovaciones cognoscitivas dentro del sistema productivo, además de que, con el envejecimiento, el ritmo del progreso técnico se detendrá y esto a su vez repercutirá en el desarrollo económico y social. Se ha señalado también que cuando la pirámide de población se invierta existirán pocas probabilidades de promoción profesional para los trabajadores jóvenes, lo que no incentivará a la población económicamente activa del futuro.

³ Estos autores precisaron la necesidad de integrar a la mujer en los estudios de clases sociales. Argumentaron que clase social en el sentido weberiano tiene dos dimensiones distintas: la relación individual con respecto al mercado de trabajo, y los niveles familiares de consumo. Se señala que las personas con una relación directa con el mercado de trabajo pueden ser definidas teniendo una posición de clase, mientras que no se toma en consideración su posición familiar.

⁴ El profesor Zeng Yi coordinó un estudio sobre los factores determinantes de la longevidad en China en el Max Planck Institute for Demographic Research, en Alemania.

tural Disadvantage, Gender and Health Status”, en *Social Science and Medicine*, vol. 32, núm.4, pp. 425-436.

1996 “Integrating Non Employment into Research on Health Inequalities”, en *International Journal of Health Services*; vol. 26, núm. 3, pp. 445-481.

Arber, Sara y G. Nigel Gilbert

1989 “Men: The Forgotten Carers”, en *Sociology*, vol. 23, núm. 1, febrero, pp. 111-118.

Arber, Sara, G. Nigel Gilbert y Angela Dale

1985 “Paid Employment and Women’s Health: A Benefit or a Source of Role Strain?”, *Sociology of Health and Illness*, vol. 7, núm. 3, noviembre, pp. 375-400.

Arber, Sara y Jay Ginn

1991 “The Invisibility of Age: Gender and Class in Later Life”, en *Sociological Review*, vol. 39, núm. 2, mayo, pp. 260-291.

1992 “Research Note. Class and Caring: A Forgotten Dimension”, en *Sociology*; vol. 26, núm. 4, noviembre, pp. 619-634.

1993 “Gender and Inequalities in Health in Later Life”, en *Social Science and Medicine*, vol. 36, núm. 1, enero, pp. 33-46.

Banco Mundial

1994 *Envejecimiento sin crisis. Políticas para la protección de los ancianos y la promoción del crecimiento*, Banco Mundial, Washington, D.C.

Bazo, María-Teresa

1990 *La sociedad anciana, Siglo XXI*, Madrid.

Busse, Ewald W.

1969 “Theories of aging”, en Busse, Ewald W. (ed.), *Behavior and adaptation in late life*, Little, Brown and Company, Boston.

Concepción, Mercedes B.

1994 “Implications of Increasing Role of Women for the Provision of Elderly Care”, en United Nations, *Ageing and the Family*, United Nations, Nueva York, pp. 231-238.

BIBLIOGRAFÍA

Arber, Sara

1991 “Class, Paid Employment and Family Roles: Making Sense of Struc-

- Cooney, Teresa M. y Peter Uhlenberg
 1992 "Support from parents over the life course: the adult child's perspective", en *Social Forces*, vol. 71, núm. 1, septiembre, pp. 63-84.
- Chesnais, Jean-Claude
 1990 *El proceso de envejecimiento de la población*. Centro Latinoamericano de Demografía (LC/DEM/G87, Serie E, 35), Santiago de Chile.
- Dale, Angela, G. Nigel Gilbert y Sara Arber
 1985 "Integrating Women into Class Theory", en *Sociology*, vol. 19, núm. 3, agosto, pp. 384-408.
- Danigelis, Nicholas L. y Alfred P. Fengler
 1990 "Homesharing: how social exchange helps elders live at home", en *The Gerontologist*, vol. 30, núm. 2, pp. 162-170.
- DDF
 1996 *Ciudad de México: los indigentes. Resumen Ejecutivo, 1996, Estudio censal sobre la dimensión, naturaleza y situación de la indigencia adulta en el Distrito Federal*, Departamento del Distrito Federal, México.
- Domingo, Lita, Maruja Milagros B. Asis, José Ma. Corazón P. y Maria Midea M. Kabamalan
 1993 "Living Arrangements of the Elderly in the Philippines: Qualitative Evidence", en *Comparative Study of the Elderly in Asia*, Population Studies Center, University of Michigan (Research Reports), abril, 52 pp.
- Foster, Susan E. y Jack A. Brizius
 1993 "Caring too much? American Women and the Nation's Caregiving Crisis", en Allen Jessie y Alan Pifer (eds.), *Women on the Front Lines. Meeting the Challenge of an Ageing America*, The Urban Institute Press, pp. 47-73.
- Gibson, Diane
 1996 "Broken Down by age and gender. The problem of old women redefined", en *Gender and Society*, Sage Periodicals Press, vol. 10, núm. 4, agosto.
- Ginn, Jay y Sara Arber
 1991 "Gender, Class and Income Inequalities in Later Life", en *British Journal of Sociology*, vol. 42, núm. 3, septiembre, pp. 369-396.
- 1993 "Pension Penalties: The Gendered Division of Occupational Welfare", en *Work, Employment and Society*, vol. 7, núm. 1, marzo, pp. 47-70.
- 1995 "Exploring Mid-Life Women's Employment", en *Sociology*, vol. 29, núm. 1, febrero, pp. 73-94.
- 1996 "Patterns of Employment, Gender and Pensions: The Effect of Work History on Older Women's Non-State Pensions", en *Work, Employment and Society*, vol. 10, núm. 3, septiembre, pp. 469-490.
- Goldscheider, Frances K.
 1994 "Family Structure and Gender Role in Ageing Populations", en United Nations, *Ageing and the Family*, United Nations, Nueva York, pp. 186-190.
- Gutiérrez, Luis Miguel
 1998 "Relación entre el deterioro funcional, el grado de dependencia y las necesidades asistenciales de la población envejecida en México", en Héctor Hernández Bringas y Catherine Menkes (coords.), *La población de México al final del siglo xx (v Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México)*, vol. 1, SOMEDE, CRIM, UNAM, México, pp. 431-448.
- Ham, Roberto
 1993 "La insuficiencia de las pensiones por vejez", en *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México.
- Hogan, Dennis P. y David J. Eggebeen
 1995 "Sources of Emergency Help and Routine Assistance in Old Age", en *Social Forces*, vol. 73, núm. 3, marzo, pp. 917-936.
- INEGI
 1995 *Conteo de población y vivienda de los Estados Unidos Mexicanos*, Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática, México.

Olvidos sociales y retos previsibles en México: la investigación sociológica de la vejez

- Izquierdo, María de Jesús
 1988 “¿Son las mujeres objeto de estudio para las ciencias sociales?”, en *Papers: Revista de Sociología*.
- Kohli, Martin
 1988 “Ageing as a Challenge for Sociological Theory”, en *Ageing and Society*, núm. 8, pp. 367-394.
- Kohli, Martin, Joachim Rosenow y Jürgen Wolf
 1982 “The social construction of ageing through work: economic structure and life-world”, en Johnson, Malcom L. (ed.), *Ageing and society*, Journal of the Centre for Policy on Ageing and the British Society of Gerontology, Cambridge University Press, vol. 1, pp. 23-42.
- Laczko, Frank, Angela Dale, Sara Arber y G. Nigel Gilbert
 1988 “Early Retirement in a Period of High Unemployment”, en *Journal of Social Policy*, vol. 17, núm. 3, julio, pp. 313-333.
- Marshall, Victor W. y Kevin J. Gibson
 1993 “Managing the older worker in the new global economy”, en *Consolidated proposal submitted to the innovations branch, employment and immigration Canada*, The Canadian Aging Research Network (CARNET), febrero.
- McMullin, Julie
 1996 “Teoría de las relaciones de edad y género”, en *Relaciones entre género y envejecimiento: enfoque sociológico*, Narcea, Madrid, pp. 55-70.
- Montes de Oca Zavala, Verónica
 1994 “Envejecimiento y modernidad: impactos demográficos” en *Nueva Sociedad*, Caracas, Venezuela, enero-febrero.
 1995 *Envejecimiento en México. Condición social y participación económica de la población con 65 años y más en la ciudad de México (1992)*, Tesis de Maestría en Demografía, CEDDU-El Colegio de México, México.
- 1995b “Estimación indirecta de la mortalidad para el Distrito Federal” (mimeo).
- 1998a “Política social y sociodemografía de la vejez”, en *El Cotidiano*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, año 14, marzo-abril.
- 1998b “Envejecimiento demográfico en México. Experiencia institucional y situación social de los ancianos en la ciudad de México”, ponencia presentada al *xiv Congreso Mundial de Sociología*, Montreal, Canadá, del 26 de julio al 2 de agosto.
- 2000a *Cómo viven los ancianos en el Distrito Federal. Sociodemografía, experiencia institucional y percepciones sobre la vejez*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- 2000b *Los ancianos en México: apoyos sociales y vulnerabilidad de la población con 60 años y más*, Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Población, CEDDU-El Colegio de México, México.
- Montes de Oca Zavala, Verónica (coord.)
 1996 *Alianza en favor de la tercera edad en el Distrito Federal*, Departamento del Distrito Federal, México.
- Partida, Virgilio
 1991 “Vivir más cuesta más”, *Demos, Carta Demográfica sobre México*, México.
- Ramos, Luiz R.
 1994 “Family Support for the Elderly in Latin America: the Role of the Multigenerational Household”, en *Ageing and the Family*, United Nations, Nueva York, pp. 66-72.
- Richter, Josef
 1992 “Economic Aspects of Aging: Review of the Literature”, en *Demographic Causes and Economic Consequences of Population Aging*, United Nations, Nueva York.

Sánchez Ayéndez, Melba

- 1993 "La mujer como proveedora principal de apoyo a los ancianos: el caso de Puerto Rico", en Gómez Gómez, Elsa, *Género, mujer y salud*, Organización Panamericana de la Salud, Publicación Científica núm. 541, pp. 286-291.

Spitze, Glenna y Logan John

- 1990 "Sons, Daughters, and Intergenerational Social Support". *Journal of Marriage and the Family*, núm. 52, mayo, pp. 420-430.

Tuirán, Rodolfo

- s/f "Life Course and Social Structure", mimeo.

Uhlenberg, Peter

- s/f "Death and the Family", en Arlene Skolnick et al., *Family in Transition*, Little, Brown and Co.

Wainerman, Catalina y Martín Moreno

- 1987 "Hacia el reconocimiento censal de las mujeres trabajadoras", en CELADE, CENEP, INDEC, *Los censos del 90. Características económicas de la población*, Buenos Aires.